



Oh, Arissa H., *To Save the Children of Korea. The Cold War Origins of International Adoption*. Stanford, Stanford University Press, 2015, 320 pp.

Desde mediados del siglo XX, la adopción de niños procedentes de Asia ha contribuido a una progresiva transformación étnica y cultural de los Estados Unidos, conllevando una redefinición de la institución familiar. No obstante, frente al predominio de una narrativa optimista centrada en subrayar la labor humanitaria de la sociedad americana ante los conflictos militares acaecidos en ese continente entre los años cincuenta y setenta, la publicación de memorias y antologías por parte de algunos de sus principales protagonistas (*Seeds from a Silent Tree*, 1997) ha ayudado a aportar una imagen más matizada de este proceso transnacional. Asimismo, documentales como *First Person Plural* (Deann Borshay Liem, 2000) o *Daughter from Danang* (Gail Dolgin y Vicente Franco, 2002) han otorgado una mayor cobertura a las complejidades y contradicciones inherentes a esta “nueva geografía del parentesco” –término acuñado por la antropóloga Toby Alice Volkman–, las cuales acabaron generando una falta de identidad en muchos de aquellos menores adoptados.

Si bien la naturaleza ambivalente de este fenómeno ha producido un fuerte debate en la opinión pública estadounidense, su resonancia en el mundo académico sólo ha comenzado a ser vislumbrada en los últimos años como consecuencia de la interrelación de dos disciplinas historiográficas. Por un lado, el peso y diversidad de la población asiático-americana en los Estados Unidos ha favorecido un creciente interés por su importancia y significado en la sociedad y cultura de dicho país a lo largo de las décadas. Gracias a los estudios de historiadores como Gordon H. Chang (*Chinese American Voices*, 2006) y Mae Ngai (*The Lucky Ones*, 2012), esta línea de investigación ha permitido iluminar el ineludible rol que las concepciones de raza y etnicidad desempeñaron en la nación norteamericana. Por otro lado, la convergencia entre la figura del niño y las relaciones internacionales ha dado como resultado un fructífero campo de trabajo, materializado en tres vías de estudio: la repercusión de determinados fenómenos globales –especialmente guerras y migraciones– en las experiencias de los más pequeños, el empleo de las denominadas *politics of childhood* como instrumento estratégico promovido por diferentes Estados a fin de alcanzar sus propósitos en el exterior, y la participación activa –o resistencia– de los menores ante ciertas iniciativas de índole transnacional, como organizaciones y programas juveniles.

Fruto de esta intersección entre estudios asiático-americanos e historia de la infancia, han surgido algunas investigaciones centradas en los orígenes de la adopción internacional en los Estados Unidos, que comenzó a sistematizarse y popularizarse debido a la intervención norteamericana en territorios como Corea y Vietnam a lo largo de la Guerra Fría. Un ejemplo representativo es la obra de Catherine Ceniza Choy (*Global Families*, 2013), que aborda la trayectoria del *International Social Service-United States of America Branch* (ISS-USA) en el continente asiático. Cons-

ciente de algunas de las limitaciones de estas recientes aportaciones –amplio marco geográfico y cronológico, necesidad de establecer conexiones más significativas entre aquellas agencias participantes o escasa referencia a los mecanismos legislativos que propiciaron el establecimiento de esta práctica–, el libro de Arissa H. Oh, nacida en Corea del Sur y profesora adjunta en el Departamento de Historia del *Boston College* desde 2010, toma como objeto de estudio las primeras etapas que impulsaron la diáspora de niños coreanos a los Estados Unidos, aunando bajo una misma óptica la esfera individual y la estatal. De este modo, la autora no sólo pretende desentrañar las estructuras e ideologías que, desde el final de la Guerra de Corea (1950-53), constituyeron los cimientos de este fenómeno, sino también valorar el modo en que alteró las categorías de raza y familia en el imaginario colectivo estadounidense. Para ello, el estudio examina una amplia variedad de fuentes primarias, destacando colecciones documentales procedentes de numerosos archivos –*National Archives and Records Administration, Social Welfare History Archives, Presbyterian Historical Society, Yonsei University*, etc.–, entrevistas a algunos de los actores protagonistas y publicaciones como *Life*, *The Christian Century* o *Stars and Stripes*.

Oh establece tres ideas principales como ejes vertebradores de su investigación. Primero, la adopción internacional emergió como producto de las dinámicas y circunstancias que caracterizaron las relaciones entre los Estados Unidos y la República de Corea –en adelante Corea– a la hora de abordar los “legados de la ocupación americana”, concretamente aquellos niños fruto de las relaciones entre soldados estadounidenses y mujeres locales (*GI babies*). El consenso –y cooperación– entre ambos países en torno a esta cuestión respondió a los principios propugnados por cada uno de ellos. Mientras que la nación norteamericana aspiraba a mostrar una imagen basada en la tolerancia y diversidad étnica, la coreana se amparó en la pureza racial (*one peopleism*) como elemento identitario y cohesionador, razón por la que resultaba prioritario establecer un mecanismo que expulsase a esos *mixed-race children*, recurriendo al término utilizado por la autora. A su vez, más allá del humanitarismo estadounidense a través de distintas agencias y misioneros, el envío de menores de edad al extranjero no puede comprenderse sin la mención al proyecto estatal promovido por el propio Gobierno coreano, donde el crecimiento y desarrollo económico del país se instauró como prioridad básica. De este modo, ante la usencia de un programa dirigido al bienestar infantil y la continua demanda por parte de matrimonios americanos, esta práctica transnacional se presentó paulatinamente como una solución disponible para todos aquellos progenitores incapaces de alimentar a sus vástagos.

Segundo, la compleja y estrecha interacción entre los ámbitos doméstico e internacional durante la Guerra Fría. Una decisión personal como la adopción se convirtió en un acto político al alcance de cualquier ciudadano estadounidense en disposición de apoyar los objetivos de su país ante la amenaza comunista. En contraposición a la tesis imperante de que los ciudadanos norteamericanos se refugiaron en su esfera privada (*turning inward*) a lo largo de esos años, la autora señala cómo un gran número de individuos, conmovidos por una “iconografía visual del rescate” transmitida a través de distintos canales y conscientes de las preocupaciones nacionales de ese momento, abogaron por una legislación estatal que impulsase la adopción internacional, amparándose en la necesidad de difundir una visión positiva al exterior y de generar alianzas con otros territorios. Así pues, ante la nula responsabilidad asumida inicialmente por parte de las autoridades norteamericanas, un rico abanico de actores

privados fueron los encargados de buscar soluciones a un problema público como los *GI babies*.

Tercero, la recepción de niños coreanos contribuyó a reformular las construcciones raciales que dominaban en la sociedad americana, al tiempo que modificó el modo en que se definía la institución familiar. Frente a la relevancia adquirida por la *one-drop rule* como instrumento destinado a la clasificación social de la población de color en los Estados Unidos, la adopción de niños asiáticos alteró el binario establecido, consolidándose como un grupo intermedio que mostraba una mayor facilidad para la integración, lo que la socióloga Sara Dorow ha calificado como *flexible Asian difference*. Estos menores representaron un modelo deseable para muchas parejas norteamericanas, quienes consideraban que el propio proceso de “americanización” sería requisito suficiente para superar gradualmente cualquier diferencia existente. Si bien la disposición de estos matrimonios a supeditar la cuestión racial a su deseo de ser padres favoreció que los asistentes sociales acabasen relegando la noción de *race matching* a lo largo del proceso de adopción, la barrera se mantuvo infranqueable con los *korean-black children*, cuyos padres biológicos habían sido soldados afroamericanos y, por consiguiente, sólo podían ser adoptados por individuos de su misma condición. Este último caso supuso un desafío para las agencias participantes debido al reducido número de hogares capaces de cumplir todas las demandas exigidas, especialmente aquellas de naturaleza económica.

La obra se estructura en tres partes, cada una de ellas compuesta por dos capítulos. La primera sección examina las condiciones previas que motivaron la puesta en marcha de la adopción a través de dos temas: las iniciativas estadounidenses destinadas a promover el bienestar de los más pequeños durante –y después– de la conflagración bélica, y el ya citado problema de los *GI babies*. El esfuerzo de un gran número de militares ayudó a establecer unas bases imaginarias e institucionales de sumo valor a corto y medio plazo. Algunas publicaciones oficiales se hicieron eco de la construcción de orfanatos o de la distribución de alimentos como vía para proyectar una imagen de buena voluntad. A pesar de que la autora señala al propio “sentimiento humano” como motor inexcusable de estas acciones, se desconoce en qué medida fueron –o no– impulsadas por el Gobierno norteamericano desde un primer momento, elemento fundamental a la hora de trazar los inicios del *People-to-People Program* (1956). Junto a la transmisión de un sentido de responsabilidad fuera y dentro de las fronteras estadounidenses, las adopciones llevadas a cabo por algunos soldados, así como la solicitud de *private bills* que facilitasen su trámite, propiciaron una mayor familiaridad con esta cuestión en la esfera política. Una práctica que tuvo sus orígenes en el apadrinamiento de *mascots*, es decir, muchachos coreanos que eran protegidos, alimentados e integrados en las unidades militares. Sin duda, la gran carencia de esta primera parte reside en la atención desigual recibida por otros actores, concretamente misioneros y organismos internacionales como el ISS. Aunque Oh subraya en ciertas ocasiones la cooperación entre todos estos agentes, en ningún momento queda claro cómo se establecieron estas redes.

La segunda sección alberga el núcleo central de la investigación, aunque posiblemente sus aportaciones resultan las menos convincentes. A lo largo de los siguientes dos capítulos, la autora analiza cómo el sistema de adopción internacional emergió y se desarrolló plenamente hasta lograr su consolidación. Desde un punto de vista ideológico, la respuesta reside en el denominado *Christian Americanism*: “A fusion of vaguely Christian principles with values identified as exceptionally ‘American’ –

an expansive sense of responsibility and a strong belief in the importance of family-” (p. 79). Un movimiento que, afianzado en la clase media norteamericana a lo largo de la década de los cincuenta, se personificó en la figura de Harry Holt, cuyo programa de adopción (HAP) contribuyó a fomentar importantes cambios legislativos y a agilizar los mecanismos rudimentarios del proceso. La promoción de su labor por parte de los medios de comunicación animó a numerosas parejas a asumir su compromiso con los niños coreanos. Sin embargo, son muchas las deficiencias que presenta la tesis defendida por la historiadora. No sólo no se comprende cuáles son los rasgos que otorgaron a este movimiento una entidad distintiva y única frente a otras manifestaciones de procedencia norteamericana, sino que no queda patente la razón que propició su final a principios de los años sesenta. Asimismo, resulta poco contundente el recurso a esta “doctrina”, materializada en el trabajo de Holt, como factor excepcional del caso coreano que permite comprender la puesta en marcha de la adopción internacional en ese momento.

Expuestas estas motivaciones de naturaleza ideológica, Oh incide en el impacto que generó la sistematización de este fenómeno entre los asistentes sociales de ambos países, conllevando el intento de profesionalizar este trabajo en Corea. Junto a los propósitos –y enfrentamientos– de algunas agencias estadounidenses por lograr una mayor influencia en el proceso de adopción, resultan llamativas las malas prácticas acaecidas en el país asiático a la hora de facilitar un procedimiento sin ningún antecedente previo. Los fraudes cometidos por numerosos orfanatos o la emisión de documentación falsa por parte de las autoridades son sólo algunos ejemplos que iluminan cómo la adopción se convirtió progresivamente en un negocio lucrativo. No obstante, no son pocas las ocasiones donde, como consecuencia de un apego excesivo a los testimonios orales, la autora adopta una postura benevolente y comprensiva hacia determinados hábitos, considerándolos en gran medida producto de la improvisación ante la carencia de un patrón establecido. A pesar de ello, una de las aportaciones más relevantes de esta sección reside en el papel activo desempeñado por muchas madres, las cuales aspiraron a ejercer cierto control sobre el proceso. Si bien muchas fueron engañadas o coaccionadas por los asistentes sociales, otras entregaron a sus hijos por decisión propia alterando las identidades de los menores o buscando beneficios económicos.

La tercera parte de la obra aborda cómo esta adopción se convirtió en un modelo para el resto de naciones, así como su relación con el “milagro del río Han”, apelativo con el que se conoce al desarrollo económico del país asiático entre los años sesenta y ochenta. Frente a las fisuras percibidas páginas atrás, varios son los méritos de este último apartado. Primero, ante una ausencia del terreno legislativo en algunos estudios previos, el lector recorre la trayectoria legal experimentada por el niño coreano, sujeto que dejó de ser considerado refugiado para ocupar finalmente las categorías de inmigrante y pariente familiar en los Estados Unidos. Segundo, pretendiendo otorgar al trabajo una relevancia actual, la autora incorpora el debate sobre la mercantilización de la adopción internacional, consecuencia de la reproducción en otros lugares de muchas de las prácticas presentes previamente en Corea. Tercero, el retrato del proceso de modernización coreano desde una óptica diferente supone un complemento óptimo a los estudios previamente elaborados por académicos como Bruce Cumings (*Korea's Place in the Sun*, 1997) y Gregg Andrew Brazinsky (*Nation Building in South Korea*, 2007).

A lo largo de más de doscientas páginas, el libro de Oh favorece una mayor comprensión sobre la historia de Corea y sus relaciones con los Estados Unidos durante la Guerra Fría, al tiempo que ilustra las transformaciones de diversa índole que la adopción internacional impulsó y consolidó en la sociedad americana. Su enfoque binario –estatal/individual, público/privado y global/cotidiano– ayuda a aunar distintos niveles con la finalidad de reconstruir todos los elementos que constituyeron este *global family making*. La principal contribución de la obra reside en la complejidad que adquiere la condición de huérfano. Dado que la orfandad de esos niños era condición esencial para el inicio del proceso, este término pasó a ser objeto de manipulación por parte de un amplio grupo de actores, entre los que se encontraban los propios progenitores. Sin embargo, resulta llamativo que, a diferencia de la relevancia adquirida por los padres biológicos y adoptivos a lo largo del estudio, la figura del menor –miembro clave en esta *adoption triad*– no acabe de recibir una atención más profunda que permita no sólo configurar una perspectiva alternativa a la narrativa adulta que ha dominado hasta la actualidad, sino también presentar un papel más activo de este sujeto, siguiendo así la estela de historiadoras como Sara Fieldston o Marcia Chatelain. En definitiva, más allá de este tipo de limitaciones, este estudio supone un paso más en la búsqueda por superar uno de los vacíos historiográficos que han perdurado desde décadas atrás, el origen y evolución de la adopción internacional. A pesar de los logros conseguidos, resulta imprescindible que futuras aportaciones sigan trazando el esfuerzo de un rico abanico de grupos e individuos que participaron en la sistematización de esta práctica sin olvidar los testimonios de aquellos “huérfanos sociales” enviados al exterior.

David Corrales Morales
Instituto de Historia. CSIC. Madrid
david.corrales@cchs.csic.es